

LA MEMORIA COMO APROXIMACIÓN LEGÍTIMA DE LA HISTORIA: UN DIÁLOGO ENTRE PAUL RICŒUR Y VLADIMIR JANKÉLÉVITCH

Andrés Camilo Santos Montes¹

Resumen

El presente artículo pretende realizar una revisión sobre la categoría de memoria partiendo de los postulados de Paul Ricœur y la postura frente a la conciencia por parte del filósofo Vladimir Jankélévitch. Teniendo como objetivo posibilitar un punto de convergencia entre estas dos posturas y cómo a través de ellas es posible abordar la historia. En este sentido, se abordarán dos obras importantes de cada uno de los pensadores para dar respuesta al análisis propuesto. Por un lado se brindarán los alcances de la categoría de “Memoria colectiva” expuesta por Paul Ricœur en su obra *La historia, la memoria, el olvido* (2003), y por otro lado se analizará la importancia de la conciencia en tanto remordimiento expuesto en la obra *La mala conciencia* (1987) de Vladimir Jankélévitch. Resaltando la importancia del recuerdo como forma representativa histórica de los acontecimientos y de esta forma estableciendo nuevas reflexiones sobre el debate de la memoria en la filosofía actual.

Palabras clave: Memoria, historia, acontecimiento, reconocimiento, conciencia.

Abstract

This article aims to realize a brief review about the category of memory taking into account Paul Ricœur premises about Memory and the position of the philosopher Vladimir Jankélévitch about conscience. The main objective of this article is to enable a focal point between those perspectives and how through them it is possible to address history. In this sense, it will be addressed two important works of each one of the thinkers in order to response the analysis suggested. On the one hand, it will be given the scopes of the category “Collective memory” presented by Paul Ricœur in his work *Memory, History, Forgetting* (2003); on the other hand, it will be analyzed the importance of the conscience as a regret on Vladimir Jankélévitch work *The Bad conscience* (1987).

Key words: Memory, history, remembrance, events, recognition, conscience.

¹ Estudiante del programa de Filosofía y Letras de la Universidad de la Salle. En la actualidad trabaja como docente para el departamento de ciencias sociales y filosofía del Colegio CED Calasanz. jahndres321@gmail.com

Introducción

En nuestros tiempos, la exigencia del reconocimiento de los acontecimientos por parte de quienes vivieron momentos tempestuosos en el papel de víctimas de un conflicto pasado, se hace necesario en la medida en que dicho reconocimiento permite otorgar un horizonte de sentido de la imagen de lo acontecido. La cual se devela frente a nuestros ojos y nos permite vislumbrar la importancia de ese hecho que enmarca el tiempo y la experiencia de la naturaleza humana.

Vale preguntarnos entonces, sobre ¿Cuál es el sentido de los recuerdos? y si ¿la memoria juega parte de sólo una experiencia individual o también permite establecerse de forma colectiva? Esta pregunta a lo largo del pensamiento se ha interpretado de distintas formas en la medida que posibilita luces a respuestas de cómo entender esto que denominamos memoria y cómo a través de ella es posible transformar nuestro presente y a quienes nos rodean.

Si consideramos los escenarios de conflicto y posconflicto por los que atraviesa nuestra época nos daremos cuenta que la memoria permite recobrar sentido de momentos importantes por los que el ser humano ha atravesado desde distintos escenarios en ocasiones de víctimas, de victimarios o de espectadores. En este sentido la narración de los hechos y el testimonio ha sido de gran valor para evitar que dichos momentos caigan en el olvido. Tal es el caso de las víctimas de los campos de concentración en la Segunda guerra mundial, de acontecimientos nucleares como el de Chernóbil o más hacia nuestro tiempo y lugar las masacres perpetradas por grupos insurgentes en nuestro territorio, como es el caso de la Masacre del Salado por grupos paramilitares, la masacre de Bojayá por miembros guerrilleros o el holocausto del palacio de

justicia a manos de miembros de la seguridad del Estado Colombiano. Ahora bien, muchos de estos acontecimientos quedan interiorizados en la naturaleza de quien las vive. Sin embargo, estos hechos han quedado impunes debido a la imposibilidad de gestar en la propia memoria del acontecimiento un reconocimiento legítimo de la historia de aquello que se muestra imborrable y que por su valor íntimo es irremediable e intransferible.

Por lo anterior, el presente trabajo se enfocará en delimitar el horizonte de sentido de la *memoria individual/colectiva* desde el escenario de las víctimas, pues son éstas quienes desde su singularidad llevan el peso de la historia sobre sus hombros y por lo cual el valor de su testimonio o el hacer memoria permite dar valor y significancia de su propia naturaleza.

La memoria, un paso de lo singular a lo colectivo

En ocasiones la historia demuestra en su movimiento continuo ciertas pausas que permiten concebir lo que en su momento fue y la importancia de ello en la transformación del presente. La necesidad de la memoria se hace evidente en la medida en que permite equiparar lo que ya fue, con lo que es y con lo que vendrá. Esto se sustenta claramente en los niveles de reconocimiento de las realidades que parten del conocimiento de lo único, que de forma inicialmente singular establecen un recuerdo sobre lo vivido que en ocasiones se constituye como acontecimientos dolorosos o tempestuosos.

¿Pero cómo se establece tal recuerdo? ¿Cuál es la importancia de este para la construcción de la memoria histórica? El desarrollo de la memoria constituye una serie de ejes para poderlo entender, por lo cual nos detendremos en analizar el desarrollo expuesto por el filósofo francés Paul Ricœur desde su texto *La memoria, la historia, el olvido*. Ricœur establece que el desarrollo de la memoria implica un reconocimiento del acontecimiento vivido, es decir de aquel hecho único que a través del recuerdo es posible develar. El recuerdo se muestra entonces como garante del acontecimiento en la medida en que evita que este sea desplazado al olvido y se sustenta desde el desarrollo de las imágenes expuestas en el recuerdo. Este proceso se encuentra determinado por un devenir constante. Es decir, en aquel movimiento continuo del acontecimiento que se presenta en forma de imagen. Ricœur menciona lo siguiente:

La primera cosa plateada es la de la “cosa” de la que uno se acuerda; es en esa ocasión cuando se pronuncia la frase que acompaña toda mi investigación “La memoria es del pasado”. Es el contraste con el futuro de la conjetura y de la espera y con el presente de la sensación (o percepción) el que impone esa caracterización material. (Ricœur, 2003:33).

Ahora, la imagen en el caso del recuerdo se muestra como representación del pasado en el presente, de donde es posible que se constituya la memoria. Esta representación permite considerar la imagen del acontecimiento como una afección en términos aristotélicos en el individuo que la representa. El carácter representativo en este caso permite una forma de aprehensión del acontecimiento y un reconocimiento de su propia naturaleza.

Teniendo en cuenta lo anterior, la memoria entonces juega un papel reconstructivo del acontecimiento desde un movimiento continuo de este, a través de la imagen que se representa en el propio recuerdo, evitando de esta forma que el hecho pueda caer en el olvido. Para esto Ricœur menciona lo siguiente:

Los recuerdos se distribuyen y organizan en niveles de sentido, en archipiélagos, eventualmente separados por precipicios, por otro, la memoria sigue siendo la capacidad de recorrer, de remontar el tiempo, sin que nada prohíba, en principio, proseguir, sin solución de continuidad, este movimiento. (Ricœur, 2003:129).

Para Ricœur, el recorrido de la memoria se encuentra supeditado al movimiento continuo de los recuerdos, lo que implica un movimiento dialéctico, un acordarse de sí mismo en el sentido que a través de dichos recuerdos es posible concebir la verdad de sí mismo. Esa verdad que es posible que se dé a través de la propia experiencia, la cual, mediante los sentidos evoca una serie de imágenes que constituyen el recuerdo como una aprehensión del pasado en el presente.

Sin embargo, al detenernos un poco desde la constitución singular de la memoria en el individuo, nos percatamos sobre la posibilidad de la existencia de un carácter social dentro de la misma. Me refiero a un carácter social en el sentido de que estas imágenes se proyectan en los recuerdos, es decir, a la colectividad que se encuentra dentro del entorno del acontecimiento, lugares, personas o espacios determinados. Es decir, existe un cúmulo de particularidades que permiten desarrollar la imagen y sentar un espacio de viveza de dicho recuerdo. Pues ya que son hechos provenientes de una experiencia pasada no por ello dejan de estar vivos en el presente.

Por lo tanto, la memoria es un proceso por medio del cual se constituye un movimiento, ese movimiento es una narrativa por medio de la que es posible constituir un espacio de sentido. Es decir, un espacio propio de la conciencia histórica que se aproxima a los horizontes de la experiencia vivida a través de un diálogo entre los tiempos. Donde no existe una separación entre cada una de las etapas de la historia, sino que cada una de ellas se encuentra unida a dicha narrativa permitiendo que en el presente podamos entablar un diálogo con nuestra propia experiencia.

La conciencia histórica, un paso del recuerdo al remordimiento

En el pensamiento de Vladimir Jankélévitch la esfera de la memoria constituye una resignificación de un acontecimiento. Desde su posición íntima y desde su experiencia vivida en los campos de concentración nazi es un claro ejemplo para abordar la memoria no sólo de forma generalizada, sino también desde el papel de víctima ante los crímenes de lesa humanidad perpetrados en la segunda guerra mundial.

La necesidad de la memoria implica entonces la posibilidad de dar valor a una realidad que en el caso de las víctimas perdura no sólo en el recuerdo de lo vivido, sino también en la transformación que genera el daño causado en su propia existencia; esto en la medida en que una acción de daño es irremediable e incurable en la víctima. Jankélévitch en su texto *Lo imprescriptible* (1987) afirma lo siguiente:

Nada nuevo puedo decirse sobre Auschwitz. Salvo que uno siente la obligación de testimoniar; se tiene la impresión de que no es posible haber visitado Auschwitz y alejarse sin decir nada, sin una línea escrita; sería, parece, una grave falta de cortesía hacia quienes ahí murieron. (Jankélévitch, 1987:30).

En ese sentido, la memoria se establece entonces como un reconocimiento de la situación vivida, de una conciencia entendida como una facultad íntima en la que se establece una comunicación entre la realidad vivida y el reconocimiento de dicha realidad.

Desde la posición de Ricœur la presentación de la memoria en este sentido estaría sujeta al recuerdo mismo del acontecimiento vivido en el cual la memoria se establece como un baúl en donde se evocan las imágenes como representaciones mismas del acontecimiento y de la realidad vivida. Sin embargo, la memoria no sólo está determinada por el nivel de imágenes de las que de ella suscitan, también la memoria permite realizar una revisión del pasado en la medida en que se interroga a la historia y desde allí poder deducir si esta es más justa o no.

Jankélévitch aborda el tema de la memoria desde su obra *La mala conciencia* (1987) en la que establece un análisis profundo sobre qué es la conciencia y cómo esta se manifiesta desde distintos espacios específicamente el espacio moral. Para Jankélévitch hablar en términos del pasado implica no sólo bifurcar los horizontes por donde se desenvuelve la conciencia sino también desde el plano de lo irreversible.

La conciencia, entonces, se presenta desde una dualidad en el sentido en que la realidad y la conciencia pareciesen un mismo modo de ser, es decir, que la conciencia no se encuentra en contra posición o de forma separada a la propia realidad y experiencia. En este sentido, al referirnos a la conciencia histórica podemos determinar que dentro del plano del recuerdo no sólo se sustentan aquellas imágenes positivas del pasado, sino que también es posible hablar o constituir una mala conciencia.

En el plano de la conciencia de un victimario, la noción de remordimiento se establece como juez de su propio pasado. Debido a que desde su propia naturaleza, es decir, desde la propia naturaleza del acontecimiento vivido -en este caso si este acontecimiento es producto de una mala acción- la imagen representativa de la conciencia sería entonces negativa ante el individuo. Respecto a esto Jankélévitch afirma lo siguiente:

El remordimiento nace de la mala acción tan naturalmente como la fiebre nace de un estado infeccioso; y sin embargo... el sentido común no se equivoca; el remordimiento nace expresamente para castigarnos; no resulta fatalmente del pecado, aunque esté íntimamente emparentado con él; sino que, por el contrario, añade algo nuevo, cierto sufrimiento gratuito, y tan contingente que los cristianos lo han considerado siempre como una advertencia del Espíritu Santo. (Jankélévitch, 1987:39).

Teniendo en cuenta lo anterior, el remordimiento entonces se muestra como algo nocivo a la conciencia humana. Sin embargo, el remordimiento al igual que la lamentación son factores por los que es posible considerar el pasado de los hechos o de las acciones realizadas. En este sentido, la conciencia toma un valor original, en la medida en que a través de ésta es posible considerar el pasado y dar cuenta del mismo; en tanto que a través de él es posible entablar una comunicación con el pasado. Jankélévitch menciona lo siguiente:

Vuelto hacia el pasado, el remordimiento parece pertenecer al grupo de las funciones mentales y de los sentimientos que miran hacia atrás, el remordimiento, la lamentación y el recuerdo se opondrían pues a la esperanza, a la espera, a los presentimientos y a las promesas [...] (Jankélévitch, 1987:41).

En efecto, dadas estas consideraciones y teniendo en cuenta las posiciones de ambos pensadores, tanto el *recuerdo* como el *remordimiento* constituyen una misma línea de entendimiento de la historia, debido a que cada uno de ellos da cuenta de un pasado, de unos hechos y de unas realidades. Sin embargo, cada uno posee características que permiten una distinción: de un lado, el recuerdo permite una representación de la historia a través de una narración continua con la realidad pasada, y del otro, el remordimiento constituye una realidad viviente, debido a que es la acción negativa misma la que se encuentra en la memoria y la que sale a la luz de forma literal.

Por lo anterior, la memoria constituye una herramienta importante para dar sentido y valor a la historia y a los acontecimientos vividos. Permite dar cuenta de una realidad y otorgar un horizonte verdadero a acontecimientos que en ocasiones son tempestuosos, permitiendo revivir a través del testimonio narraciones del pasado en nuestra propia realidad.

BIBLIOGRAFÍA

Jankélévitch, V. (1986). *Lo imprescriptible*. París: du seuil.

Jankélévitch, V. (1987). *La mala conciencia*. México: Fondo de cultura económica.

Ricœur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. París: Arrecife.